

XVII domingo del tiempo ordinario

Por tercer domingo sucesivo la liturgia toma este conjunto de parábolas que presenta san mateo en el capítulo 13 de su evangelio. También hoy como los domingos anteriores recogemos una trilogía de mini narraciones:

- La del tesoro escondido en un terreno
- La de la perla de gran valor.
- La de la red llena de peses.

Sin embargo son dos las lecciones que se pueden descubrir de estas escenas que se nos presentan con un movimiento dinámico, como si se tratara de una película.

Las primeras dos parábolas claramente son paralelas y tienen el mismo punto de llegada. El tesoro y la perla evocan en la imaginación popular algo que es fabuloso y de inestimable valor; para poseerlo el hombre sería capaz de condenar su alma, sería capaz de sacrificarlo todo.

Efectivamente, es este tema hacia el cual Jesús nos quiere dirigir la atención, si se quiere conquistar el Reino de los Cielos, es decir la paz, la armonía, la salvación de Dios, se tiene que actuar inmediatamente con decisión, porque el Reino de los Cielos es una opción única y extraordinaria, que con la venida de Jesús se ofrece a todos, al pobre y al rico; por tanto lo que se necesita es aprovechar la ocasión empeñando todo lo que se tenga a disposición, incluso la propia vida.

Apuntar hacia el verdadero tesoro como aquel mercader de piedras preciosas que ha intuido que la perla que ha encontrado es de inestimable valor, y por ello vende todo lo que tiene sin dudar en ningún momento y al final tiene entre sus manos el verdadero gozo.

Naturalmente, uno también se puede imaginar esta parábola desde otro punto de vista: cuantas veces el hombre está dispuesto a venderlo todo, incluso su alma, por una cosa falsa optando por una ilusión que al final le deja las manos vacías.

Para la tercera parábola Jesús se inspira en el trabajo de los pescadores que por horas y horas navegan en el lago de Tiberíades; cuando cae la tarde tirando las redes a la orilla del lago hacen la separación de peces. Parecería que Jesús se detiene para mirarlos mientras separan en diversos canastos los peces que la ley permite como alimentos, es decir los peces puros, y aquellos peces que son considerados impuros, según el libro del Levítico 11, 10.

De esta escena sale la segunda lección que Jesús nos da en este domingo.

Jesús nos orienta hacia la meta de nuestra historia, al final del mundo, el día en que Dios hará el gran balance, el juicio de las acciones humanas.

Por un momento los peces puros y los peces impuros están mezclados, pero en el momento del juicio de Dios será Dios mismo quien haga brillar la auténtica verdad, el verdadero amor, la sincera justicia, superando las falsas escalas de valores creadas por los hombres, desenmascarando hipocresías de

aquellos que llaman bien al mal y mal al bien, de aquellos que llaman tiniebla a la luz y luz a la tiniebla, de aquellos que llaman amargo a lo dulce y dulce a lo amargo como dice Isaías 5, 20.

Al final de su enseñanza, Jesús se despide dejándonos una pregunta ¿han entendido todas estas cosas? Él exige una comprensión profunda que se convierte en vida y alabanza; es como decir. “Pensar y entender es agradecer y alabar” como lo expresó en gran filósofo alemán, Martín Heidegger.